La imaginación de Borges

Texto de una presentación de Borges en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo (Sitges, Catalunya, 1983)

Hacia 1971, visitando un día Buenos Aires, me encontré con Borges en La Recoleta (el cementerio donde están enterrados sus antepasados, donde piensa ser enterrado él mismo), y nos pusimos a conversar sobre un cuento que pensaba escribir por entonces. Era la historia de Avelino Arredondo, el joven que asesinó al Presidente uruguayo Juan Idiarte Borda, al salir de un Te Deum en la Catedral de Montevideo, hacia fines del siglo pasado. Me preguntó si me acordaba de las circunstancias precisas del crimen y tuve que admitir que, salvo las generalidades, no podía recordar lo que sin duda alguna vez había leído en los manuales de historia. Le sugerí que fuéramos a la Biblioteca Nacional, de la que todavía era Director, para revisar un par de libros. Así lo hicimos, y pronto estábamos engolfados en la lectura de los **Anales históricos del Uruguay**, tomo VI, de Eduardo Acevedo, y en la biografía del Presidente por sus dos hijas. Allí leímos que el estudiante Arredondo (también llamado obrero y analfabeto en otras fuentes) había actuado por iniciativa propia, sin cómplices, e inspirado por el odio general al Presidente. Aquella época era tan inocente de iconografías que Arredondo nunca había visto una imagen de Idiarte Borda. Tuvo que preguntar a uno de los curiosos que veían salir al Presidente, con su modesta comitiva, de la Catedral para que le indicase cuál era. "Es el de la banda presidencial", le dijeron. Arredondo apuntó e hizo fuego.

Todos estos detalles empezaron a apasionarme. Estaba leyendo con todo entusiasmo, cuando Borges me detuvo: "No lea más, sino no voy a poder inventar nada". Años después, cuando leí el relato, "Avelino Arredondo", en **El libro de arena** (1975), descubrí que Borges había desechado casi todos los detalles que tan dedicadamente le había leído en las fuentes históricas para concentrarse en la aventura interior del magnicida. En ese momento, entendí mejor la imaginación de Borges, que parte de la realidad pero no es esclava de ella.

Lo que entonces me pareció obvio, no es tan obvio para muchos de sus lectores y críticos. Todos le reconocen la perfección del estilo, la precisión de sus argumentos o tramas, el arte frío del artífice impecable. Pocos admiten que esas cualidades (que son las de un Gracián, digamos) no agotan la magia de Borges. Lo que es suyo, de una manera que casi no tiene par en nuestra lengua, es la imaginación. Casi sin aviso, la lectura de un texto de Borges nos abre dimensiones nuevas de lo imaginario. En la superficie, el poema (el cuento, el ensayo) parecen dirigirse sólo a nuestra inteligencia. Pero lo que el texto desencadena es nuestra imaginación. Por eso Borges ha podido escribir un relato sobre el concepto revolucionario de que es el lector y no el escritor el que da significado al texto ("Pierre Menard, autor del **Quijote**") o ha demostrado que toda explicación racional y simétrica del mundo (el fascismo, el materialismo dialéctico, las religiones occidentales, la filosofía) son ramas de la literatura fantástica ("Tlön, Uqbar, Orbis Tertius"). También ha mostrado narrativamente que el criminal y el detective son dobles y que la eliminación del uno por el otro es un mero suicidio ("La muerte y la brújula"). O ha fabulado la paradoja de que para crear un texto se necesitan a veces dos poetas, tan distintos que si hubieran llegado a conocerse, no se aguantarían un minuto: tal es el caso del **Rubayat**, del persa Omar Khayyam, que sólo empieza a existir el día en que un melancólico caballero victoriano lo traduce al inglés ("El enigma de Edward Fitzgerald"). O ha encontrado la fórmula abismal sobre el origen del mundo al mostrar que el rabino que ha fracasado en crear artificialmente un hijo es el producto mediocre de otro padre fracasado, Dios ("El Golem"). ¿A qué seguir? La imaginación de Borges, su mundo imaginario, ha conseguido interpolarse en el mundo cotidiano no para duplicarlo sino para prolongarlo hasta el infinito.

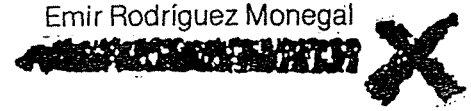
Fue necesario un accidente en 1938, que casi le costó la vida, para liberar la imaginación de Borges. De ese accidente (contado simbólicamente en el cuento, "El Sur") nació "Pierre Menard" y "Tlön", pero sobre todo nació el Borges de **Ficciones** (1941), **El Aleph** (1949), **El hacedor** (1960), **El libro de arena** (1975), y tantos otros volúmenes. Ese Borges, que sueña despierto con tanta lucidez, es el Borges que a la orilla de los cuarenta años, acepta buscar en la cantera de los sueños la materia infinita de sus ficciones. Esa materia estaba en él desde que, de niño, leía la mitología griega y soñaba con el monstruo del Laberinto (que inmortalizó en "La casa de Asterión"), que huía de los espejos y se sentía atraído por los tigres del zoológico de Palermo ("Los espejos" y "El otro tigre", del volumen de versos, **El otro, el mismo**, 1966). Es la materia de la infancia. Como Wordsworth, también Borges descubrió que "el niño es padre del hombre", y que en su niñez, estaba el hilo que llevaba desde el laberinto de la infancia a la creación de la madurez.

Cuando Borges empezó a publicar sus ficciones en volúmenes de escasa circulación, las letras hispanoamericanas (y también, ay, las españolas) estaban dedicados al inventario del mundo "real", al compromiso político a la polémica social: funciones todas ellas meritorias pero no específicamente literarias. Borges fue acusado de alienación, de cosmopolitismo, de deshumanización. Hoy es difícil recordar siquiera el nombre de aquellos cejijuntos compatriotas que lo denunciaban con un encono que podrían haber dedicado a los militares que los tiranizaban, a los políticos que los explotaban, a los ideólogos que les vendían collares de vidrios. Una de las acusaciones más repetidas entonces era que Borges era un escritor extranjero. Como él citaba con elogio los cuentos policíacos de Edgar Allan Poe, los tontos lo acusaban de pro-yankee. Olvidaban (tal vez ignoraban) que el propio Poe (que era del Sur, por otra parte) fue acusado por tontos del Norte de ser extranjerizante y de copiar a los traficantes germánicos del horror. Poe les contestó con una sola frase lapidaria, que Borges podría haber usado: "El Terror es del Alma, no de Alemania". En un ensayo de 1952, Borges dedicó algún tiempo a demostrar que la noción de una literatura nacional hubiera resultado incomprensible para Shakespeare (Hamlet es danés, Julio César romano, Macbeth escocés) o Racine (sólo una de sus piezas de teatro, la comedia **Les plaideurs**, ocurre en Francia).

También apuntó que los argentinos tenían derecho a tratar cualquier tema, de cualquier origen que fuera, y que ser argentino (si uno había nacido allí) era una fatalidad, y querer parecerlo (si uno era extranjero), era una afectación. Su texto, "El escritor argentino y la tradición", recogido en ediciones recientes de **Discusión**, es la única nota lúcida que salió de la siniestra Argentina de que aquellos años.

Hoy es difícil creer que haya un escritor más argentino que Borges, pero también es difícil imaginar que haya alguien que escriba un español mejor que él, y no porque se hubiera propuesto (como el argentino Enrique Larreta en **La Gloria de don Ramiro**, o el uruguayo Carlos Reyles en **El Embrujo de Sevilla**) enseñarles su propia lengua a nuestros antepasados, sino porque ha usado una variante de la lengua universal que se generó en Castilla para decir lo suyo. Su gesto no sólo lo liberó a él sino que liberó la narrativa hispanoamericana entera. En sus ficciones aprendieron el argentino Adolfo Bioy Casares (su mejor discípulo) y el también argentino Julio Cortázar (cuyos primeros cuentos publicó Borges en **Los Anales de Buenos Aires**). También aprendieron Carlos Fuentes en México, Gabriel García Márquez en Colombia, Guillermo Cabrera Infante y Severo Sarduy en Cuba, Manuel Puig en otra Argentina, la del peronismo. Con Borges, y discrepando de él para descubrir sus propios caminos, ellos han logrado realizar el sueño de los estudiantes parisinos de 1968. En las letras hispanoamericanas, la imaginación ha llegado finalmente al poder.

Emir Rodríguez Monegal



De un enano no se pueden esperar gestos de grandeza.